

INCOMUNICACION CULTURAL Y PODER INNOVADOR

José Javier Granja Pascual
Profesor de Literatura
I. B. “Julio Caro Baroja”
Getxo - Bizkaia

I

No quisiera comenzar mi exposición sin unas palabras de elogio y admiración hacia don Julio Caro Baroja, al mismo tiempo que de gratitud hacia quienes desde Eusko Ikaskuntza me han ofrecido la posibilidad de colaborar en este homenaje a un intelectual tan querido y estimado por mí, no sólo por su obra, sino también por sus actitudes personales.

Tampoco puedo dejar sin señalar la profunda impresión que me produjo en 1981 una anécdota protagonizada por nuestro homenajeado. El claustro de profesores del hasta entonces Instituto Gecho n.º 1 había acordado dar el nombre de don Julio Caro Baroja a dicho instituto. En el acto con que se hacía público este nombramiento, en mi opinión excesivamente pequeño para tan gran representante de nuestras letras, no puedo olvidar el agradecimiento y la honda emoción que causó a don Julio este hecho, lo que para mí supuso la revelación de una enorme personalidad humana pareja a su categoría intelectual plasmada en tantos trabajos de investigación.

Seguramente la mayoría de los artículos que componen este libro-homenaje son de un carácter científico riguroso. Por ello, en esta ocasión me gustaría escribir mi artículo pensando preferentemente en la vertiente que como pensador y creador de ideas tiene nuestro homenajeado, sujetándome más al plano intuitivo y especulativo que al científico demostrativo.

II

A propósito del nombramiento como académico de don Julio Caro Baroja, decía en editorial un periódico madrileño que “en un tiempo de servilismos penosos y de exhibicionismos risibles, Julio Caro Baroja es un ejemplo de firmeza moral, de lealtad a las propias convicciones y de saludable capacidad

demoledora, frente a la profusión de trepadores semianalfabetos que pululan por los pasillos de nuestra cultura”.

Una vez más ha sido necesario el reconocimiento de un intelectual vasco por aquellos que están más alejados de nuestra cultura, para que algunos comiencen a darse cuenta del verdadero valor y de la personalidad cultural de don Julio. Aún con todo, no faltan voces “comprometidas” que consideran obsoleto al intelectual navarro, en este país nuestro que camina sin brújula, inmerso en un maremagnum de ideas supuestamente renovadoras que pululan por doquier y con desgraciado éxito en algunas ocasiones.

Julio Caro Baroja, pensador, historiador, lingüista y antropólogo, ha sufrido en propia carne aquello que ya reconocía Terencio: “Veritas odium parit” —La verdad engendra odio— o como decía más castizamente Celestina: “Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades”.

Afortunadamente, Julio Caro Baroja ha sido reconocido en los últimos años por una intelectualidad que ha respirado tranquila: Ha llegado a tiempo. Catedrático de la Univesidad del País Vasco, Premio Príncipe de Asturias, Académico de la Lengua, Premio de las Letras Españolas, etc. El reconocimiento que se le debía tras cincuenta años de búsqueda intelectual ha mitigado en parte el olvido en que se le tenía no ya sólo por parte de las instancias oficiales, sino por algunos de esos “pedantes de cátedra, de éstos que abundan más de lo que conviene a un país que lo que debe hacer sobre todo es desarrollar todavía las mollereras” (J.C.B.).

Soltero y solitario, sin embargo, Julio Caro Baroja nos anima a buscar nuestra identidad en el amor, “amor al país en que hemos nacido o vivido. Amor a sus montes, prados, bosques, amor a su idioma y sus costumbres, sin exclusivismos”. Hay que bucear en el sentido poético de la vida: “Indudablemente el sentido poético de la vida se ha ido perdiendo, porque se ha hecho del practicismo, del utilitarismo, una religión o una ideología. Lo malo es que los que creen en esta nueva religión son periódicamente devorados por ella, mientras que el que considera esenciales los valores poéticos siempre puede defenderse mejor, aún en soledad” (J.C.B.).

Como decía don Julio en el homenaje a José Miguel de Barandiarán y como decimos nosotros con él, nuestra esperanza se apoya en aquel verso de Hölderlin: “...Dichterisch wohnt der Mensch...” / “Poéticamente habita el hombre...”.

Decenas de libros y artículos hacen de su persona una figura imprescindible en la España moderna. Con una aguda capacidad de observación sobre la realidad vasca, sus críticas no gustan a casi nadie. Menos ácido que Oteiza, la elegancia personal no se lo permite, sus opiniones han sido tan despreciadas como las de aquél. El desprecio con que es mirado por buena parte de los intelectuales (?) vascos no es más que la muestra del nivel cultural y científico

de este país, muy lejanos de la serenidad que confiere al juicio todo su valor. Y don Julio lo sabe: “Este país vive en tiempos de tragedia; y la tragedia se basa en una falta de adaptación absoluta a su espacio y en un desconocimiento total del tiempo en que vive. Conservar tradiciones e idiomas es una cosa. Burocratizar la tradición y forzar el uso del idioma por medios coercitivos, es otra. Industrializar bien está: pero a base de hacerlo bien”.

Pesimista, barojiano, menos literato que su tío Pío, menos artista que su tío Ricardo, con un mayor bagaje cultural e intelectual que ellos, don Julio se ha alejado siempre de vanidades y adulaciones: “el hombre con fe e ilusiones es considerado siempre bueno y generoso y el desilusionado o falto de fe, flojo y mezquino. Muy bien. Esto va condicionado con el modo de ‘comulgar’. Unos comulgan ortodoxamente y les va bien. Otros comulgan con ruedas de molino y así les va... y así nos va”.

No nos sorprende que uno de sus últimos libros, *El laberinto vasco* esté encabezado por un prólogo en el que setenta años de vida han conformado una mente “atribulada y enristecida”. No podrá buscarse en el libro ni alegría por el presente, ni motivo de esperanza mayor para el futuro. Su autor lo sabe y no le chocará que sea objeto de la repulsa de muchos, que quieran seguir viviendo con ilusiones.” Lamentablemente para el escritor, las reacciones que ha provocado su libro han sido mucho peores de las que él mismo vaticinaba: no han sido. Y ello no ha hecho sino contribuir un poco más a la desesperanza de aquellos que luchan por el progreso cultural del país, una y otra vez ajeno a todo lo que suponga dialéctica cultural creadora.

III

Quisiera detenerme en este aspecto, a propósito de la incomunicación que creo preside nuestra vida cultural.

En la más pura tradición horaciana y aristotélica, Boileau escribía en 1674 —pleno reinado de Luis XIV—, un *Arte Poética* con los principios estéticos del clasicismo literario francés y del neoclasicismo español. En su canto primero y refiriéndose a los críticos literarios afirmaba que, “engendro literario no hay tan triste / que no halle un cortesano por padrino; / y, en sátira acabando, nunca falta / a un tonto, otro más tonto que le admire”.

Evidentemente eran otros tiempos, otra literatura y otros críticos. La realidad cultural del País Vasco hoy, discurre por caminos en los que lamentablemente no existen ni tan siquiera esos “tontos” que admiran. La incomunicación cultural alcanza tan altas cotas que cualquier libro, cualquier conferencia que pretenda un cierto rigor en su exposición, lleva implícito el vacío como respuesta. Sólo la organización de actos cultural-populistas es capaz de atraer al público.

Está todavía reciente en mi memoria el recuerdo de las *III Jornadas Vizcaya ante el siglo XXI*. Las dedicadas al “Plurilingüismo y evolución cultural” fueron testigo de la apatía de quienes deberían estar interesados en ellas. El foro estaba abierto a la contestación, el debate podría haber sido enriquecedor. La ausencia de público ponía una vez más de manifiesto que para organizar este tipo de actos en Bilbao se necesita una “filosofía”, en su sentido etimológico, fuera de todo desánimo. Por el contrario, uno recuerda muy bien, que en el “Congreso sobre los derechos colectivos de las Naciones minorizadas en Europa” y ante llenos apoteósicos, los asistentes vibraban con algunos de los participantes en las “mesas redondas”, llegándose a la catarsis del aplauso o de la imprecación colectiva. Los asistentes ovacionaban afirmaciones de quienes creían que defendían sus propias ideas y denostaban, incluso cortando la palabra, a aquellos que lanzaban ideas contrarias. Empero, nunca existía una dialéctica entre las diferentes posiciones que pudiera aportar nuevas soluciones a los conflictos planteados. La incomunicación estaba presente entre quienes se atrincheraban en sus propias posiciones, para emerger con el dardo dirigido a tocar al contrario.

Cuando observamos hechos como los descritos, debemos empezar a buscar respuesta a otra realidad constatada entre nosotros, cual constituye la nula respuesta a la aparición de nuevos libros, de artículos con ideas renovadoras, etc. La capacidad de crítica enriquecedora parece que no está al alcance de nuestros intelectuales. ¿Es que son más ignorantes que otros? ¿Es que su timidez, su miedo al ridículo no les deja manifestarse? Creo que ninguna de estas razones explican el problema. Pero sí hay otras motivaciones que, no sin arrojito por mi parte, quiero exponer.

En primer lugar, el populismo cultural que de un tiempo a esta parte pretende imponerse no beneficia a la obra de cierta altura intelectual. En todos los órdenes de la vida, empezando por la enseñanza, se pretende la panacea del igualitarismo como solución. Si hay fracaso escolar, lo solucionamos encubriéndolo mediante una igualación por debajo. Es la mejor solución para negar el acceso a una cultura real a esas masas a las que se quiere “ennoblecen”, llevándolas por un camino que no conduce sino a una jerarquización cultural más acusada que la existente, puesto que sólo quienes tengan el poder económico suficiente para acceder a una enseñanza de mejor calidad, llegarán a constituirse en élite cultural dominadora. Los demás, domeñados, conformarán una gran comparsa igualitaria. Populismo que como dice Julio Caro Baroja, “con su cara bifronte, su aspecto mixto de hircocervo, hipocentauro o sirena engañadora, cuando no de harpía fatídica”, nos encamina hacia un vacío cultural presto a ser ocupado por los nuevos profetas de la modernidad.

Tampoco hay que desdeñar, a la hora de buscar motivaciones, la apatía de las élites culturales hacia todo lo que suponga aportaciones de los otros. Cada uno vive su propio mundo intelectual, se recrea en sus propias Indagaciones y prescinde de interesarse por las del vecino. Ello se demuestra en la escasez de

comentarios críticos hacia las ideas ajenas y nos conduce a la sospecha de que esos intelectuales no creen en las aportaciones que pueda proporcionar un debate serio, o lo que es más grave, no quieren arriesgarse a tener que desechar sus propias teorías en abierta dialéctica con las de los demás. En consecuencia se encastillan en su propio feudo.

No faltará quien exponga como razón que justifique su ausencia en esta dialéctica, la escasez de tribunas apropiadas para la confrontación. En este sentido, la labor realizada y el camino abierto en los últimos años por sociedades como El Sitio, Círculo Vasco, R.S.B.A.P., Ateneo, etc., son importantes.

Por último, tampoco es de recibo la actitud de quienes, escépticos ante lo que la cultura representa hoy en nuestro medio, arrojan la toalla de la superación y se instalan en el nivel mínimo de supervivencia, con lo que no hacen sino contribuir a la muerte lenta de las ideas que en otros tiempos defendieron con ardor.

Parece evidente que la renovación política de los últimos años se ha trasladado a la conciencia cultural de nuestro país, de tal forma que los mismos compartimentos estancos que aparecen en la primera se reflejan en la segunda, con lo que identidades de este tipo tienen de estéril, lo negativo de su observación por quienes quieren trabajar en la investigación cultural y la infecundidad que para el progreso de las ideas suponen las actitudes cerradas.

Si algo caracteriza la realidad literaria y cultural de Euskalerrria hoy, es la ausencia de polémica creadora, de controversia ideológica cultural —de la política estamos sobrados— que contribuya al progreso de la cultura vasca. No necesitamos recordar por ejemplo, las grandes polémicas que se han dado históricamente en la literatura española y que han pasado a formar parte de la historia literaria aportando nuevas ideas.

A este problema particular, podemos añadir el de la escasa valoración y eco social de los escritores, pensadores e intelectuales que aportan nuevas ideas. Sólo las obras literarias promocionadas por las series televisivas, casi siempre de literaturas extranjeras, son consumidas por el público. Es decir, leyendo poco, lo que se lee es lo más sencillo desde el punto de vista de la calidad literaria. Por ello, pensar que libros de ensayo puedan tener un mínimo de éxito de ventas es una utopía lejos de adquirir visos de realidad. Es evidente que siempre serán pocos los esfuerzos de divulgación que se realizan cuando aparecen obras de pensadores que acertadamente o no, intentan aportar ideas de futuro. Ya no pedimos que se creen polémicas, discusiones sobre estas ideas. Hoy por hoy parece que es exigir demasiado. Nos conformaremos con que las nuevas obras sean tratadas con algo más de profusión de lo que hasta ahora lo han sido.

Aristóteles, hace casi 2.500 años decía que “uno puede declarar que algo es imposible, inverosímil, inútilmente malo, contradictorio o contrario a las exigencias del arte”. Y debe hacerlo. Sólo en la confrontación de ideas puede surgir la luz que ilumine el progreso.

IV

No quiero caer en la tentación de teorizar errónea o acertadamente en tomo a nuestra situación cultural sin referirme a hechos concretos que demuestren estas ideas. Para ello me voy a ocupar de un libro de Federico Krutwig, *Computer shock. Vasconia. Año 2001* cuya aparición ha suscitado una muy escasa controversia en nuestro mundillo cultural.

Libro de pensamiento, plagado de ideas que pueden y deben ser discutidas, desde su lanzamiento no ha provocado las grandes discusiones que en mi opinión hubiera merecido, quizás por un impulso descalificador a priori de la obra o de la persona que la ha creado. Aspecto éste que no se escapaba al escritor al afirmar que sus ideas “no serán nunca comprendidas por la gentuza gris, por los ex-curas, los ex-seminaristas y los asalariados de la reacción y del pseudo-progreso”. Por otro lado, el escaso número de lectores de la obra no parece arredrar al escritor que incluso restringe aún más el número de personas que pueden llegar a comprenderle: serán el 1/100.000 de las personas mayores de treinta años, es decir los pocos (según esta proporción para Euskalerría serían poco más de una docena de personas) a quienes no se les ha anquilosado el cerebro creador tras esta edad, los verdaderos genios del futuro.

Las respuestas que da el autor a una serie de problemas de futuro son múltiples y polémicas. A veces verdaderas “boutades”. Pero nadie puede negar la intuición creadora en muchas de ellas o la formación sólida del escritor en muchas otras. Lo que necesitan es la aportación de la controversia enriquecedora que contribuya a la búsqueda de nuevas soluciones.

Krutwig no deja campo sin explorar y aporta ideas desde el problema de la drogadicción hasta el de la energía. Sobre el primero cree que es consecuencia del fracaso de la propia personalidad al no tener un sistema de referencias estructurado que sea capaz de enfrentarse a las nuevas situaciones. Para Krutwig la causa está en la instrucción práctica del cerebro que tiene como consecuencia una falta de conocimientos humanísticos que le impidan deshumanizarse al contacto con el exterior adverso.

En cuanto a la energía su visión es anticipadora. En el futuro el problema del consumo de energía desaparecerá, puesto que se tratará de sustituir el consumo de energía por el de información. Frente al pasado en que se empleaban máquinas que consumían mucha energía, las nuevas instalaciones se basarán en microprocesadores que consumen ante todo no energía, sino software, es decir, el producto de la masa gris del cerebro humano.

No faltan ideas fuertemente enfrentadas a la cultura humanística que se pretende. Así por ejemplo, las teorías sobre la selección natural de las especies, incluso humana, que llevan al autor a criticar las razones religiosas, filosóficas o marxistas que pretenden la conservación de la vida para los seres humanos disminuídos, con taras, que en una selección natural animal hubie-

ran sido eliminados. Hablar de la “distorsión provocada por ideologías necrófilas en movimientos constantes de ascenso de los seres vivos, al conservarse dentro de la especie humana el detritus cromosómico que no es eliminado por la selección natural”, repugna a toda solidaridad humana —dejando aparte sentimientos religiosos—, tal como este concepto ha sido entendido tradicionalmente. Pretender ‘que la nueva civilización de las computadoras imponga un nivel de inteligencia robótico que elimine a los hombres no preparados para el nivel infra-robótica, revelaría una selección lo más alejada de los principios humanitarios que la civilización persigue desde hace siglos. Creer que la eliminación del “detritus humano” contribuye a la selección positiva implica recuerdos de teorías que creíamos ya superadas, pero al parecer en algunos aspectos admitidas por el autor, como pudimos observar recientemente en su artículo (“Soberanía”, en *DEIA*, 1-XI-85), enaltecido de Carl Schmitt, definido por Georg Lukács como un “reaccionario descarado” que aportó sus ideas prefascistas al nacionalsocialismo (1).

Carl Schmitt es utilizado por Krutwig para defender una tesis —independencia total de Euskadi—, contraria a lo que constituye la base del pensamiento del autor alemán en cuanto al derecho de los pueblos. Sostuvo la teoría del “Imperio”, convirtiéndose en “el ideólogo jurídico más descollante de los planes de conquista mundial de la Alemania de Hitler”. En contra de la Sociedad de Naciones “exige que le sea aplicada la doctrina Monroe a Alemania y a su órbita de intereses”.

Podemos observar cuán lejos se hallan estas teorías en su aplicación a Euskadi de lo que Krutwig entendió en sus conversaciones con el ideólogo alemán: “que la única solución que garantiza a un pueblo oprimido contra sus opresores es el poseer en un 100 % la soberanía. Si la soberanía tan sólo se posee en un 99 %... el 1 % restante que está sobre todos los demás, puede suprimir al resto, si el mismo se refiere al derecho al “estado de excepción, es decir, el derecho a la *última palabra*”. Lo lamentable es que la soberanía, según Schmitt, no es propiedad del pueblo, tal como se entiende este último concepto en su acepción moderna. Para Schmitt, el parlamento democrático es “el escenario en que se dividen de un modo pluralista los poderes sociales organizados”, representando una disolución del Estado, como anteriormente el poder de los príncipes había representado la disolución del Imperio alemán. Admitido el principio de la desintegración del Estado por vía de la representación democrática, llegará a la necesidad del *estado de excepción*, de la dictadura del presidente del Reich, fin para el que las actividades políticas de Schmitt destacaron, justificando la necesidad de dicha dictadura.

Vemos pues cuán diferente parece el “estado de excepción” de que habla Schmitt, del que quisiera aplicar Krutwig en Euskadi, cuando pretende que Euskadi tenga la “última palabra”.

(1) LUKACS, Georg: *El asalto a la razón*. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1968, 2.ª edic. pp. 528-537.

Si beligerante puede ser en este aspecto Federico Krutwig, no lo es menos en su teoría sobre la desigualdad entre hombre y mujer. Afirmar que la cultura y la civilización son productos masculinos se justifica por medio de teorías según las cuales el cerebro humano se divide en dos hemisferios: el derecho es el lugar de la imaginación, la parte intuitiva; el izquierdo trabaja sin actividad creadora, elaborando informaciones razonadas. En los hombres, más racionales, predomina el hemisferio izquierdo sobre el derecho. En las mujeres, más intuitivas, es el contrario. La asimetría cerebral es más fuerte en el hombre que en la mujer más equilibrada. Por ello se justifica que el nivel medio de inteligencia de las mujeres sea superior a la media masculina, pero por la misma razón sólo en los hombres aparecerá la genialidad creadora que exige un fuerte desarrollo de la mitad derecha que esté controlado pero no anulado por un gran desarrollo de la mitad izquierda. En niveles medios la mujer es superior. En niveles extremos, geniales o inferiores, el hombre es superior, por su mayor asimetría cerebral.

Las críticas y teorías que podrían oponerse a estas ideas es innecesario nombrarlas aquí, pero lamentablemente no han sido argüidas explícitamente en contra de las teorías krutwinianas.

El poco fervor de Krutwig hacia los jesuitas alcanzó en *Vasconia* un alto nivel. Insiste de nuevo en contra de Iñigo de Loyola, asesino del Renacimiento, “aurora de la Humanidad” que conectó con la Grecia de Pericles tan añorada por el autor. Frente a él sitúa la labor de los florentinos, los Médici, creadores de un movimiento renacentista que hubiera ennoblecido a la raza humana de haber continuado su expansión, cortada por el espíritu de la Contrarreforma. Mientras los católicos, según el autor, son incapaces de conseguir el desarrollo tecnológico y en los países en que dominan, el tercermundismo y el subdesarrollo son imperantes, los países en que se impuso el protestantismo son los que hoy están en la cabeza del progreso.

Alrededor de los conceptos de “Ethorkizuna” y “Joankizuna” construye el autor una nueva visión del tiempo. El ethorkizuna es el futuro, lo porvenir, el tiempo de las cosas posibles o probables aún no objetivadas. Sólo algunas pocas personas poseen la visión triophthálmica necesaria para intuir ese futuro y contribuir al progreso de la civilización. Lo normal es la visión normal, aquélla que da lugar al joankizuna o tiempo de las cosas objetivas y que es la que poseen la mayoría de las personas que miran más hacia el pasado que hacia el futuro.

Cree que la revolución cultural en Euskalherria vendrá dada por la potenciación de la conjunción creadora entre los elementos étnicos vascos —de los que el más importante es la lengua—, con la tradición cultural griega, paradigma de progreso creador sólo emulado brevemente por el Renacimiento italiano y cercenado por los contrarreformistas.

Esta revolución cultural necesitará ser dirigida desde unos grupos cerrados de mentes privilegiadas reunidos en centros llamados “baithas”, desde los que

surjan a través del progreso en el estudio, las ideas renovadoras que ante la nueva era cibernética impulsen la ciencia moderna para liberar al hombre de un posible dominio de los robots. Será la minoría creadora que dirija el país, sin la que no hubiéramos pasado de la edad de piedra. Complementariamente a estos “baithas” se encontraría la “Sophopolis” o ciudad de los sabios, imitando, como es lógico con las ideas del autor, el modelo griego. Explica detalladamente las características y funciones a desempeñar dentro de esta ciudad de mentes privilegiadas formadoras de las ideas del ethorkizuna.

En toda su obra, Krutwig se muestra partidario de una minoría creadora, imprescindible, frente a la nulidad de las masas para aportar ideas de futuro. La visión triophthálmica del hombre creador es la que produce las ideas geniales. Los hombres que inventan algo nuevo son una minoría. Lo normal es la visión monophthálmica propia de los “bípedos-masa”, destinados a imitar esas ideas geniales. En este sentido, las culturas populares tan sólo tienen de popular el que están expandidas en la masa, pero en origen las ideas que las componen fueron aportadas en su día por hombres creadores y asimiladas y difundidas luego por la masa reproductora.

Para Krutwig, los artistas, filósofos y científicos innovadores sólo se han visto favorecidos cuando ha imperado el despotismo ilustrado. Para él, todas las grandes culturas han nacido bajo la protección de príncipes ilustrados pese a los intentos destructores de la “chusma”. Ello le lleva a un desprecio del sistema democrático: “Las masas son siempre estúpidas. Sus ideas no están muy lejos de las de los brutos. Por ello la democracia, cuando se convierte en un auténtico reflejo de la gran masa, tan sólo es un sistema de gobiernos zocráticos”.

Llama también la atención la crítica que realiza el autor a ETA. Promotor de la estrategia de ETA Vª con sus cuatro frentes, sus intentos porque el frente cultural llevase la impronta del movimiento, fueron rápidamente derrotados ante la fuerza directa del frente militar: “debido a la ínfima categoría intelectual de las personas que pasaron a integrar tanto el frente político como el cultural, resultó que se convirtió en una especie de unión ‘militarista’, en la que los frentes superiores bailaban al son que tocaba el frente inferior”. A partir de aquí la crítica a la inferior capacidad intelectual del “militarismo vasco” desemboca fácilmente en una crítica de la fuerza política que lo apoya porque “están convirtiendo a su masa de seguidores en entes infrarrobóticos, a cuyo bajo nivel intelectual desean bajar la cultura”.

La Universidad no podía dejar de ser tratada por un autor que entiende la necesidad de realizar en ella cambios radicales. Así como el trabajo manual de los obreros es sustituido progresivamente por robots que realizan el trabajo de una forma más precisa, no conocen reivindicaciones y pueden trabajar sin descanso, la enseñanza mecánica de los profesores de Universidad, especialmente en las facultades científicas, está cada día más cerca de poder ser

sustituída por máquinas de enseñar que desarrollan una labor combinatoria similar a la labor cerebral del profesor. Sólo la capacidad de ver “más allá” del profesor es insustituible. En la medida en que la enseñanza universitaria se orienta hacia el futuro, progresará la figura del profesor. En la medida en que se anquilose en el pasado, no aportará nada que no pudiera desarrollar una máquina.

El autor, con una abundante formación clásica, cree que la educación actual práctica debe ser sustituida por la educación clásica. Es la cultura la que permite al hombre elevarse sobre su nivel inmediato animal, mediante la razón y la imaginación. En este sentido, la educación clásica “tal como la practicaban los griegos” es la verdaderamente liberadora de los reflejos condicionados. La educación práctica actual sólo persigue no frustrar al individuo por lo que se ve obligada a reducirlo a un “status animalesco”, puesto que la principal función de la educación clásica consiste en eliminar las capas “reptil y mamífera” del cerebro, cosa que ha sido descuidada por la educación moderna. La falta de esta cultura humanizante al estilo griego provoca que los jóvenes “reducidos por las educaciones modernas no frustratorias se hallan en una situación muy cercana a la de los animales primitivos, y así caen en tendencias animales, sin saber controlarse, como la drogadicción”.

Por todo ello, el hombre auténticamente realizado será aquél que posea desarrollado el elemento imaginativo de futuro, verdadero “locus de la auténtica humanización”.

Un académico, gran conocedor del euskera, no podía dejar de oír su voz una vez más sobre la lengua. El programa cultural krutwiniano comprende cuatro aspectos principales de memorización cultural: euskera; lengua, literatura y cultura clásica griega; lenguas, literaturas, cultura y filosofía redactadas en inglés y alemán; cultura renacentista italiana.

En cuanto al euskera se muestra siempre añorante del labortano clásico porque conserva estructuras gramaticales que le acercan a la lengua clásica griega, además de poseer una literatura superior. Por el contrario, ataca el batúa, “dialecto popular” que según él ha rebajado la competencia lingüística de quienes lo utilizan, para favorecer su implantación: “con espíritu ingenieril o ‘científico’ se han reducido y esquematizado las estructuras euskaras”.

En definitiva, un libro cargado de ideas renovadoras pero que también abunda en juicios injustos, repartiendo mandobles a diestro y siniestro; excesivamente destructivos a veces: “El panorama entre los escritores euskaldunes es simplemente desolador al ver la ‘incultura enciclopédica’ de que están tarados la inmensa mayoría de quienes escriben de Literatura vasca, la ignorancia universal de quienes redactan historias de la literatura. Si en la escultura tenemos espíritus paleolíticos, que piensan que arrastrar piedras sacadas de canteras mal dinamitadas les hace ser escultores, así como tenemos también entre los escultores más modernos, quienes opinan que son más progresistas

porque en vez de pedruscos, lo que presentan son hierros retorcidos que han comprado en algún desguace de un buque, o en música, que son ‘creadores’ porque han puesto en una solfa más o menos elevada una canción popular, y que, en vez de tocarla con txistu, la han orquestado”.

En cualquier caso, observando que las ideas krutwinianas aquí reseñadas, peligrosas unas, controvertidas otras, intuitivas las más, no han producido un mínimo interés por conocerlas y discutir las en el país, no haremos sino confirmar el lamentable estado de inconsciencia cultural en que nos desenvolvemos, pero del que podemos salir sólo con seguir los caminos abiertos por hombres como el que ahora homenajeamos, en la esperanza de que no falten quienes continúen sus trabajos.